



PRESENTACIÓN

Manuel Gutiérrez Navas
Director de *Mediterráneo Económico*

Después de tantos años de centrar nuestra atención en los datos económicos, tendemos a pensar que casi todas nuestras preocupaciones en ese sentido pueden medirse, que para hacer algo inteligible antes debe ser mensurable, y que hay que partir de una cuantificación fiable antes de hacer proyecciones a futuro. En este mismo saco hemos metido la evolución del desempleo, la productividad de nuestras empresas, la sostenibilidad de nuestro sistema de seguridad social o los malos resultados educativos, por mencionar solo algunos de nuestros problemas más perentorios.

Antes de que se notasen sus repercusiones en la vida cotidiana, esta crisis comenzó siendo cosa de números, de porcentajes, de tasas y de ratings. De ahí que nos hayamos malacostumbrado a que las cifras y la jerga economicista dominen el debate intelectual, los medios de comunicación y las conversaciones de la mayoría de nosotros. Probablemente se trate de una inercia estadística inevitable, pero no por ello menos peligrosa: en lugar de plantearnos cuáles son los problemas de fondo hemos dedicado quizá demasiado tiempo a comentar sus indicadores, las magnitudes que los representan. Confundimos así el fin con los medios, en un diálogo que olvida los objetivos extraviándose en los resultados observables.

La cuantificación de la realidad económica es un paso previo imprescindible para cualquier análisis. Pero sucede que hay otras cuestiones que no se pueden resumir con guarismos porque poseen un valor esencialmente cualitativo. Como decía Antonio Machado, solo el necio confunde valor con precio. Estos elementos intangibles, que difícilmente tendrán sitio en un gráfico si no es mediante aproximaciones numéricas, inciden decisivamente en las posibilidades de desarrollo de cualquier sociedad, están en la base de cualquier modelo económico sólido y sostenible y, en lo que nos afecta para el momento actual, en las posibilidades de superación de cualquier crisis.

Este volumen 25 de Mediterráneo Económico que ahora abre el lector propone una reflexión para el caso español acerca de tres de esos factores clave, los más decisivos, con vistas no a solo a la recuperación definitiva de nuestra economía, sino al fortalecimiento de nuestra capacidad de producir riqueza y bienestar a medio y largo plazo. Se trata del entramado institucional de nuestro sistema productivo, el capital humano disponible y la capacidad de innovación.

Cuando los economistas hablan de instituciones no se refieren a organizaciones sociales, organismos públicos o corporaciones privadas, como intuitivamente se podría pensar. Las instituciones son, para la teoría económica, las reglas del juego, formales o informales, codificadas o no, que rigen el funcionamiento de un sistema social de producción, intercambio y consumo, que marcan los límites por arriba y por abajo del comportamiento de los agentes económicos. De cómo funcionen esas instituciones, de cómo se hayan construido y cuáles sean sus fundamentos éticos y jurídicos depende en definitiva la buena salud de una economía, la eficiencia y la productividad en el aprovechamiento de los recursos y la equidad en la generación y distribución de las rentas. A fin de cuentas, es el entramado institucional el que históricamente ha marcado la diferencia entre los países a la vanguardia del desarrollo económico y los que parecen vivir en una crisis socioeconómica permanente, al margen de su dotación de los factores productivos clásicos.

Por su parte, el impacto del capital humano en la actividad económica no está determinado solo por la población activa disponible, sino, y fundamentalmente, por su cualificación y la experiencia acumulada en su desarrollo profesional. Más allá de la escolarización básica, la fortaleza del capital humano de un país depende de la inversión constante en la formación continua y el reciclaje permanente a lo de toda la vida activa del trabajador, de su actitud ante el cambio, su movilidad tanto espacial como funcional y, en última instancia, su carácter emprendedor y su potencial vocación empresarial.

La calidad de las instituciones, en combinación con un capital humano convenientemente formado y capaz, genera a su vez la atmósfera propicia para la innovación, el tercero de los intangibles básicos del desarrollo, que, más allá de la tecnología, no es otra cosa que cualquier cambio que genera valor, que suma riqueza a un país.

En el momento de escribir estas líneas se prevé que la evolución del PIB a corto plazo sea positiva y que la economía española se vaya reintegrando progresivamente en la senda del crecimiento. Todos esperamos que así sea, aunque la experiencia reciente nos empuja todavía a una prudencia contenida. En todo caso, y al margen de que los gráficos se tiñan poco a poco de verde, nuestra responsabilidad es estar preparados y en las mejores condiciones posibles para acelerar el incipiente cambio de ciclo y aprovecharlo al máximo cuando se concrete.

El contenido de este número de Mediterráneo Económico va en esa línea. Para asegurar que en el futuro el desarrollo económico español se asiente sobre unas bases sólidas, debemos converger con los países más desarrollados de nuestro entorno no solo en magnitudes macroeconómicas, sino, y sobre todo, en la naturaleza cualitativa de nuestro sistema productivo, imitando sus fortalezas y aprendiendo de sus debilidades.

La convergencia con Europa está en el centro de toda interpretación de nuestra historia económica reciente. La evolución de nuestra economía siempre se ha medido en función de cómo y cuánto nos íbamos acercando o alejando de nuestros vecinos. Sin embargo, a pesar de los avances conseguidos seguimos siendo en cierto sentido una economía singular, lo que condiciona, más allá de la situación geográfica, nuestro carácter periférico en Europa. Presentamos unos niveles de desempleo estructural desconocidos más al norte, lo que dice mucho de la precariedad de nuestro mercado de trabajo y



apunta a otro de los elementos negativos que definen a nuestra economía: el escaso tamaño de nuestro músculo industrial. Hasta hace relativamente poco España fue un país eminentemente agrario. Más recientemente, y casi sin solución de continuidad, nos hemos convertido en una economía terciaria, de servicios, absolutamente dependiente de la fortaleza del consumo y, en consecuencia, demasiado vulnerable ante cualquier contingencia económica proveniente del exterior.

Los autores que participan en este volumen de Mediterráneo Económico proponen una serie de pautas y reformas estructurales, de largo alcance, con las que poder aminorar esa excesiva sensibilidad a los estímulos externos negativos, fortalecer el entramado institucional y fomentar el desarrollo del capital humano y de la innovación en nuestro país. Plantean, en definitiva, desde un análisis exhaustivo de todos los sectores y todos los condicionantes de nuestra realidad económica, la necesidad de un nuevo modelo económico para España.

Para coordinar este monográfico, Cajamar Caja Rural ha tenido la suerte de contar con Rafael Myro Sánchez, catedrático de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid. El profesor Myro ya había participado como autor de referencia en el campo de la economía industrial y de la empresa en los números 11 (“Nuevos enfoques del marketing y la creación de valor”; abril de 2007) y 21 (“Empresas y empresarios en la economía global”; mayo de 2012). Ahora, al asumir la coordinación de este número abre su introducción con una declaración de intenciones muy clara: en nuestro país “no hay espacio de las instituciones económicas que no requiera arreglo”. La crisis ha sido especialmente intensa y ha trastocado prácticamente todos los órdenes de la vida económica, por lo que se precisa de un gran número de reformas en los más diversos ámbitos. Gracias al trabajo de Rafael Myro y de todos los autores participantes contamos ahora con un excelente análisis actualizado no de cuál es la situación, que ya sabemos todos, sino de por dónde deberían ir los remedios definitivos.